



TOMO VI.—NÚM. 18.

REVISTA LITERARIA.

AÑO V.—NÚM. 256.

ANUNCIOS: á precios convencionales
Número suelto, un real.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administración, Lepanto 18.
ORENSE.—DOMINGO 31 DE MARZO DE 1878.

SUSCRICION: 5 pesetas trimestre
en toda España.

SUMARIO:—La señorita de aldea, por Manuel Curros y Enriquez.—Una cita, por Nicomedes Pastor Diz.—‘O neno d’o ceo, (poesía) por Juan A. Saco.—Efemérides de Galicia.—Programa y Reglamento de la Exposición local de la Coruña en 1878.—Miscelánea.—Sección de noticias.—Anuncios.

LA SEÑORITA DE ALDEA.

(Conclusion.)

A través de los cristales de su ventana, retirado observatorio desde el cual ni un solo accidente de vuestra vida de forastero pasará desapercibido á la poderosa atracción de sus pupilas, os ha visto abandonar la casa de vuestro amigo, y esto bastó para comprender que vá á ser objeto de vuestras atenciones ¿Cómo lo sabe? preguntareis. ¿Tiene acaso en ella el sentido profético privilegios que ha solicitado en vano hasta ahora el sentido

comun? ¿Es tal vez adivina? Algo conoce la mágia negra, y no es del todo profana á la interpretación de los signos cabalísticos: sabe, por ejemplo, echar las cartas, conjurar un alma en pena y firmar pactos de sangre con determinados poderes ocultos; crée en la eficacia de las raspaduras de uñas como activo afrodisíaco, en la rosa de Jericó, como garantía de buen suceso en los partos laboriosos, y en toda esa quimica sombría, muchos de cuyos experimentos realizados *in anima vili*, entretienen agradablemente la monotonía de sus veladas de invierno; pero á más de esto, y sobre todo esto, la *señorita de aldea* suele tener *presentimientos* y su corazón pocas veces se engaña.

Así es que vuestra visita no le coje de susto: vive prevenida; y si por un momento habeis creído sorprenderla, os engañásteis, porque os esperaba.

¿Verdad que está llena de gracia, é

insinuante como nunca? En sus labios retoza esa sonrisa dulce y seductora que la mujer menos cómica sabe arrancar del fondo de un espejo, como el alquimista de la Edad Media sacaba del fondo de la retorta despues de repetidos é infructuosos ensayos una aleacion metálica desconocida, y á no ser por cierto aire de cortedad que embaraza todos sus movimientos, acaso la confundiriais con la mas encopetada y desenuelta cortesana. ¡Qué distinguido portel! ¡Qué circunspeccion al escuchar las razones que os mueven á visitarla! ¡Que magestad y que altivez en su apostura! ¿Quién creerá que pueda ser esta la misma que ayer se dió á correr como un gamo á la simple aparición de vuestra cabalgata camino de la aldea? Y, sin embargo, en todo eso hay un fondo de rusticidad que la denuncia.

Bajo una triple capa de almidon machacado, específico que solo ella hace substituir con ventaja á los tan decantados polvos de arroz, mediante un procedimiento que es uno de sus secretos de tocador, pronto reconocereis de un modo que no deje lugar á dudas el bermellon natural de sus mejillas, y cuando esto no fuese bastante á tranquilizaros, en la timidez con que responde á vuestro saludo, abandonándoos su dedo indice para que lo estrecheis en vuestras manos, perfectamente envuelto en un guante, cuyo color originario no fué bastante á borrar un reposado baño de tinta, y en la dificultad de expresion con que tropieza al querer manifestaros sus ideas, tendreis otros tantos signos mortales para conocer la legitimidad de nuestro tipo.

Una de las cosas que mas contribuyen á caracterizarle es su conversacion, que participa de la doble amenidad de la novela y de las selvas y que será culta hasta la gazmoneria si la hablais de amores, ó candorosa hasta la fatuidad si la oblgais, por una galanteria propia de vuestro carácter, á lastimarse de la existencia triste y por demás oscura de las aldeas; pero en uno y otro caso, su elocuencia os dejará

mucho que desear por lo que respecta á pureza de estilo y elegancia de diction, pues si elogia sus ojos os dirá que no es *merecente* de tantos favores; si la preguntais porqué no ama, os contestará que porque tiene bastante *pedro-minio* sobre sus pasiones; y una vez y otra os prodigará con un lujo verdaderamente superfino, frases tan correctas como estas: *haiga*, por «haya,» *deliriar* por «delirar» *metá* por «mitad» *zócalos* por «zuecos» *petar* por «llamar» *e yo* por «y yo,» *dean* por «dén» y otras no menos interesantes.

Extraordinariamente aficionada á la lectura, pero alejada del mundo literario lo bastante para ser hoy exclusiva depositaria del gusto dominante á principios de siglo, la *señorita de aldea* reúne una escogida biblioteca compuesta de las novelas de D.^a Maria de Zayas, de las *Noches lugubres* de Cadalso, de *Aladino*, ó *la Lámpara maravillosa*, y de varios y entretenidos *Trovos nuevos para cantar los enamorados*, de autor anónimo, segun se desprende de la franca y terminante declaracion hecha por un ciego vendedor de coplas en el acto de rematar sus géneros por la «corta cantidad de dos cuartos.»

Mas no se crea por eso que carece de ilustracion y no conoce mas ó menos á fondo los adelantos realizados por nuestro siglo en el terreno de la ciencia y del arte. Aventuraos á interrogarla respecto de las dos mas grandes conquistas de nuestros tiempos; preguntadle que opina acerca de esa maravillosa máquina destinada á fundir en uno todos los pueblos del mundo, la locomotora, y de ese bilillo mágico, consagrado á transmitir de un polo al otro, con la rapidez del rayo, la palabra del hombre, el telegrafo. ¡Oh!—exclamará—¡la locomotora! Buenos caballos deben ser los que lleva dentro cuando corre tanto... ¡El telégrafo! ¿Qué clase de veneno será el que circula por sus alambres, que produce la muerte instantánea de los pájaros que en ellos se columpian en el momento de transmitirse un parte?... Quizá os parezca candorosa la contestacion; pero yo os

aseguro que no la escuchará un representante del país gallego sin sentir en su alma los remordimientos que Dante puso en el alma del snicida y en su rostro la vergüenza del ladrón de corbata blanca sorprendido *in fraganti*.

Por lo demás, si como literata y erudita está muy lejos de satisfacer la *señorita de aldea* todas las exigencias de nuestra época, como mujer hacendosa, y como dama, es un prodigio de economía.

Para comprenderlo así bastará que la veamos en el tocador y en la cocina.

En cuanto á su *boudoir*, sírvele ordinariamente de espejo un fragmento de cristal azogado, resto de una venerable luna de Venecia, cuidadosamente trasmitida de generacion en generacion, hasta los buenos tiempos de su mamá, en cuyas manos se hizo añicos una noche, no se sabe cómo ni por qué, en ocasion de hallarse arreglando su tocado delante de su esposo para asistir á un baile de *elecciones* celebrado en los salones de la abadia parroquia!; utiliza á guisa de *codcrean* la manteca de lechon, y usa por cosmético la bándolina hecha con pepitas de membrillo en que es fecundísimo su huerto y por pomada el aceite comun, extraído en cantidades respetables de la repleta alcuza, con grave perjuicio del guiso cotidiano, que resultara, probablemente menos sabroso que de costumbre.

Su elixir dentrífico constitúyenlo por temporadas el carbon machacado y la ceniza de tabaco. Dada esta circunstancia, fácil es comprender la agradabilísima emocion que experimentará viéndoos fumar uno tras otro veinte *coraceros*, aunque no sea mas que ante la idea de recojer á vuestra espalda del rincon á donde las arrojásteis con desden igual número de pudibundas colillas. Así, pues, no vacileis en sacar la petaca y fumar cuantas veces se os antoje en su presencia; teneis su permiso.—¿Pues no faltaba mas!—os dirá—¡vaya! Si, señor. Cabalmente no hay esencia para mí mas agradable que el olor del tabaco. Dicho lo cual, de la manera mas delicada

y menos sospechosa que puede haber, sino apurais el último cigarro, desechándolo á medio quemar, es porque no teneis entrañas, ó no veis mas allá de las narices. Lo grave es que ni aún por esas blanquea su dentadura: la gran cantidad de hidrógeno disuelto en el aire de las montañas y el excesivo hierro que arrastra el agua que brota de los peñascales para abastecimiento de la aldea, se la ennegrecen cada vez mas, corroyéndosela poco á poco.

No siempre la *señorita de aldea* vive en la aldea. Semejante á esas parictarias llenas de frescor y lozanía que hermocean los vetustos muros de nuestros viejos castillos, suele presentarse á veces allí donde menos se espera, como en virtud de una misteriosa generacion espontánea. Hija del poderoso *indiano* que á fuerza de privaciones y fatigas logró reunir en América una fortuna respetable, ó del hacendado *vinculeiro* que halló medio de reponer su capital amenazado dedicándose á la exportacion de cereales y ganados, con lo cual ha conseguido entre la gente rústica que se le llame hoy tan *mayorazgo* como si nunca hubiesen existido las leyes de desvinculacion, allí la encontrareis donde quiera se celebre una feria, donde haya una romeria ó se disponga un baile, no siendo por consiguiente difícil verla así en la villa como en la ciudad, donde los instintos comerciales de sus progenitores la conduzcan ganosos de prepararle una buena *colocacion* ya exhibiéndola montada á la antigua, indolentemente recostada en la januga, sobre una mula perfectamente enjaezada con collar de cascabeles y anteojeras, ya sobre un jumento de gran alzada, cuyas extremidades desaparecen bajo el exagerado vuelo de su vestido de amazona; por que no hay que echar en olvido —y esto nada tiene de extraño—que la *señorita de aldea*, sin poseer la nocion mas lijera del arte de equitacion, monta como un numida, y salva con su caballo en pelo un precipicio con la misma facilidad de un *gaucho*.

Atribúyese á Arquímedes como una

muestra de la potencia de su genio el dicho de la palanca. ¡Gran cosa! Dad á la *señorita de aldea* una pieza de tela y con ella deslumbrará al mundo. De ella saldrá el traje con que se pone de largo, con ella arreglará su traje de paseo, su traje de casa, su traje de baño, su traje de luto y su traje de bodas. ¿Por ventura lo dudais?... Entonces no conocéis las virtudes de la corteza del aliso, no sabéis hasta donde alcanza el amarillajo de la cicuta, ignorais que hay en América un árbol que se llama campeche, desconocéis en absoluto la utilidad de la *caparrosa* y de la *zarzamora*, y por último, no sabéis que en uno de los ángulos de la cocina hay un *pote* de quince ollas de cabida, destinado única y exclusivamente á contener todas esas materias que puestas en infusión han de producir el tinte que se desea, con todos los cambiantes del raso, el brillo mate del terciopelo ó la opacidad de la lana.

Pues, y qué diremos de sus conocimientos culinarios?

Poned en sus manos pecadoras la cabeza de un ajo, media pierna de vaca, un poco peregil, media docena de patatas, y vereis qué diversidad de platos, qué variedad de condimentos os presenta. Y no se diga que al levantaros de la mesa os sentís poco satisfechos. Hartos y muy hartos habeis de llegar á los postres, si es que antes no habeis renunciado á continuar vuestra función gastronómica, en presencia de tal cual hebra de finísima seda eulibreando en un mar de roja salsa, ó de un incauto volátil que encontró en el vientre del redondo tubérculo digno mausoleo á sus gloriosas cenizas.

Por regla general la *señorita de aldea* no ama. No por que carezca de la sublime facultad del amor que Dios colocó en el alma de todas las mujeres y con especialidad en esta, á quien la soledad y el apartamiento en que vive mantienen en una constante predisposición erótica, sino por que no encuentra en los estrechos límites de la aldea en que vive objeto alguno acreedor á la pasión inmensa que

atesora. ¡Cuántas veces en las ¡dulcísimas noches primaverales, en la estación lujuriosa de las flores y de los aromas, en esta época en que la naturaleza toda parece prorrumpir en un misterioso himno de amor, que se desvanece en los cielos, perdiéndose mas allá de sus serenidades infinitas, en esta época en que todo tiene par, en que nada está abandonado, en que todo vela por todo, y desde el insecto al hombre no hay un sér que carezca de amante compañía, por que la primavera es la Pascua de la creación en que todos los ódios se reconcilian y se firman los más duraderos pactos; cuántas veces en esas noches el desvelado espíritu de la *señorita de aldea* es el único que tiene que permanecer mudo en el concierto universal, ahogando en sí los gérmenes de amor que le devoran! Nada mas interesante entonces que su pensamiento errando por los aires en busca de un protector halago, de un beso de cariño, que le haga olvidar la dolorosa orfandad en que vive, ni mas expresivo y conmovedor que la silenciosa lágrima que se desliza por sus mejillas, como la queja de amargura que bajo el peso de la maldición se escapa involuntariamente del pecho del excomulgado.

¡Pobre *señorita de aldea*! Los que te creen ridícula subdivision del género á que perteneces, te calumnian. Esposa fiel y amante, capaz de toda la pasión y de toda la indiferencia que caracterizan la raza felina, cuando la mano de un forastero, enamorado de tus excepcionales virtudes vá á buscarte á tu retiro y te conduce hasta el altar; excelente y bonachona madre, cuando suena para tí la hora sublime de la familia, tu no suscitarás en el hogar con tus caprichos esas terribles escenas á que dan lugar las mujeres que teniéndose por mas ilustradas que tú, creen ver en el no siempre tranquilo semblante del esposo, trabajado por los afanes de la vida, la melancolía precursora del adulterio, ni consentirás que los hijos de tus entrañas, fecundados por decenas para bien de la patria y per-

petuidad de tu nombre se alimenten al calor de pechos mercenarios, pudiendo nutrirse de los tuyos, abundantes como los de Venus, cuyo néctar es fama que al deramarse en los cielos dejó indeleblemente trazada la mancha blanquecina que aún conocemos con el nombre de *via-lactea*.

MANUEL CURROS Y ENRIQUEZ.

UNA GITA.

Párrafo II.

ECCE LIGNUN CRUCIS.

(Continuacion.)

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias le apeteen; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. Tambien la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba mas en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducia la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodean en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de horrar con caricias las penosas impresiones del dia. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatidica trazando letras de fuego en la sala del festin. A su luz infernal, la hermosa Eulalia parecia un fantasma; aquel deseo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo su corazon, á medida que las sombras se tendian sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, queria hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero estos pronósticos estaban solo en su corazon. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía á los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aun cantaban alborozados y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo, y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar, y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecia el cielo, en la ribera parecia el rio; y terso, puro brillante, y estrellado, parecia á través de los campos un camino de plata.

Luciano llega y se prepara á salir para la

aldea de Eulalia. Otras veces gustaba de atravesar el valle á pié como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habian debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Armase cual si hubiese de luchar contra algun contrario; ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte: sube en un caballo mas negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido, y denodado como un antiguo paladin que corria á escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentia, y este terror se disminuyó tambien. Al verse armado y corriendo en su fogoso brido, se cree superior á todos los riesgos á todos los enemigos, á todos los rivales; y sus esperanzas vuelven á ser lisonjeras. No obstante su aspecto era algo siniestro: los que pasaban por el campo creieran ver un espectro que volaba por entre los árboles; su espada pendiente y brillando á veces tenia algo de lúnesto: diríase que el génio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creieran tambien ver la figura de plata.

A alguna distancia de la casa de Eulalia moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la aldea. Aquellos campos no son desiertos como los demas de España, donde de noche no hay mas que sombras. Allí se descubren por todas partes aisladas casas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por do quiera labradores que se llaman á gritos, niños que lloran, dos queridos que hablan bajo un árbol, ó un anciano que vuelve á su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el rio golpea sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el Labrador ahuyenta al javali, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan tambien á estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, ó el lento pulsar de la agonía.

Era ya entonces media noche, y nada se oía. Solo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fátuos manojos de paja encendida que sirven de antorchas á aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban tambien con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos á los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la iglesia de la aldea. El no era supersticioso: habia tal vez mucha religion en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era mas bien sentimiento que creencias. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de

un templo, experimentaba diversa sensación que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entonces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. A través de aquel resplandor pasaba á veces una sombra informe que le eclipsaba. Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia que despertasen y revoloteasen por su imaginación despa- vorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo... síguelos un resuello profundo y fatigado... Luciano se huela; su cabello se heriza; su sangre se para — «No hay duda, esclama; las tumbas se abren... Oigo ya el ronquido de los muertos» — Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellas tres golpes se repetían á cada momento.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuará)

• O NENO D' O CEO.

¡Ai lindo neno cal pecho cogollo
De rosa temprál
¡Ai neno lindo cal blanc' azucea,
Que maino bambea
O airiño d' o val!

N-as maus erguida de Nai feiticeira
Con brando surrir,
¡Cál te poupea, cál doce t' arrula;
Con canto de rula,
C' os ollos en Ti!

¡Ai nai bendita, que á bicos ch' enxuga
Vagüiños de dôr!
¡Dichosa virxen que aperta n-o seo
Un neno d' o ceo,
Un neno qu' é Dios!

Cantan os anxos, reiciño d' o mundo,
Voando arredor;
Con aas d' ouro e xasmin rebulindo,
Hosanna dicindo,
Che tran paz e amor.

Miniño, durme... Meu sol, non mais vágoas
Che vexa cair,

Durme, que dias virán qu' ô teu xeito
Darache a cruz leito
Pr' abondo sufrir.

Maiuas anguiñas d' a limpa fontela,
Ruxindo pasai;
Parleiras aves d' o sonto folloso,
Con canto armoñoso
O neno arrolai.

Durme. santiño, co'a risa n-os beisos
De fresco alheli;
Iris teu rostro, surrido, é pr'a terra,
Que paz pon n-a guerra,
Que sol fai lucir.

Namentres dormes, fulxentes corças
D' o célico eden
Tecendo as auxes pra ti, neno lindo,
Baixando e rubindo,
Ch' as botan ôs pés.

¡Ai, si por berzo fulgarte quixeras
N-o men curazon!
Ven ô meu peito... ¡Qué bicos. qué abrazos
Che dera entr' os brazos,
Meu rei, meu amor.

Calai, regueiros; piadeiros paxáros,
O bico pechai;
Ventos d' a touza, calai, que durmido
Xa o neno garrido
Quedou sobre a nai.

JUAN A. SAGO.

EFEMERIDES DE GALICIA.

Abril.

1 de 1188. En esta fecha, segun una antigua inscripcion, dió por terminada el célebre arquitecto y escultor maestro Mateo, la portada principal de la catedral de Santiago.

1 de 1765. Empieza á servir como meritorio de piloto de la Armada el ilustre marino gallego Excelentísimo Sr. D. Francisco Antonio Mourelle, primer navegante que llegó á los 62° grados de latitud N. y descubridor del grupo de *Vavao* y otras islas de la Oceanía

1 de 1779. Incendio de la iglesia parroquial de Santiago de la Coruña.

1 de 1873. Dáse principio á las obras del Dique de la campana del Ferrol.

2 de 1803. Muere en la Habana el aplaudido cantante D. Isidro Viñas, natural de Santiago.

2 de 1821. Por órden de esta fecha las córtes del Reino declaran reformado el artículo de los estatutos del Hospital de Santiago, que prohibe á los

casados hacer oposicion á las plazas de médico de dicho hospital.

3 de 1839. A las once de la mañana fueron pasados por las armas, delante de la cárcel de Orense Don Blas Botas, subteniente de las filas carlistas, Alonso Alvarez, Juan Manuel Gonzalez y Antonio Basalo, procesados y sentenciados por haber intentado fugarse de la cárcel de dicha ciudad y dado muerte á un centinela.

3 de 1814. Celébranse festejos públicos en la Coruña por hallarse el rey Fernando VII en territorio español.

3 de 1783. Muere en Madrid D. Manuel Buenaventura Figueroa, distinguido hijo de Galicia.

4 de 1753. Asciende á primer piloto el ilustre gallego Excmo. Sr. D. Manuel Travieso, que empezó su carrera en la Armada como hombre de mar, llegando hasta Jefe de Escuadra.

4 de 1836. Es de esta fecha una carta del comandante de la escuadra británica en la costa de Galicia, manifestando al Capitan general del distrito haber recibido órdenes del gobierno inglés, para transportar las tropas de la reina de España á cualquier punto en que sean necesarias para obrar contra el enemigo.

4 de 1846. Sublévanse las tropas que estaban de guarnicion en Santiago á las órdenes del coronel D. Miguel Solís, al grito de ¡Viva la reina libre y constitucional! ¡viva la independencia nacional! y ¡abajo el sistema tributario! cuyo movimiento es inmediatamente secundado en Lugo, Pontevedra y otras poblaciones.

PROGRAMA Y REGLAMENTO

de la

EXPOSICION LOCAL DE LA CORUÑA

en 1878.

INICIADA POR LA CLASE OBRERA Y SECUNDADA
POR EL VECINDARIO DE LA CAPITAL
DE GALICIA.

(Continuacion.)

Art. 11. Todo expositor tiene derecho á cuidar por sí mismo ó por encargado los objetos que presente, y dar si gusta las explicaciones que le pidan los concurrentes. Tambien podrá señalar por medio de una tarjeta el precio de los artículos expuestos.

Art. 12. Los expositores podrán vender en la misma Exposicion los objetos de su pertenencia; pero no podrán extraerse del local hasta tanto que termine el concurso. En el caso de venta pagarán los derechos de introduccion en el pueblo, si son de los artículos que los devengan.

Art. 15. Una vez entregados los artículos, la Junta directiva responde de su custodia y conservacion y los devolverá á los expositores al terminarse el concurso en el estado en que

los hayan presentado, ó abonará su importe si se hubiese destruido alguno casualmente.

Art. 14. Todos cuantos datos ó noticias deseen adquirir los expositores se los facilitará la Junta directiva de la Exposicion, ó los comisionados que esta designe. Asimismo se les facilitará planos, diseños ó modelos á que podrán atenerse, escogiendo lo que mas les agrade para el mejor lucimiento de lo que traten de exhibir.

Art. 15. La Junta se reserva el derecho de excluir cualquier artículo que considere impropio de la Exposicion; y los de materias explosivas é inflamables, para ser admitidos, han de presentarse revestidos de las mayores seguridades y precauciones.

Art. 16. Los expositores ó las personas que los representen tendrán entrada libre en el local de la Exposicion en virtud de papeleta especial que les facilitará la Junta directiva.

Art. 17. Tambien la tendrán libre los suscritores, por una sola vez, y mediante igual requisito.

Art. 18. No solo serán premiados los expositores por los objetos dignos de esta distincion, sino tambien con diplomas de honor y mérito, y demás, los oficiales ú obreros que en el objeto elaborado hubieren tenido parte, expresándose esta circunstancia en el documento honorífico ó de premio que se le expidiere. Al efecto serán designados por el expositor dichos oficiales ú obreros, en la respectiva cédula de inscripcion y casilla de observaciones.

Art. 19. Para la concesion de premios habrá un Jurado nombrado especialmente para cada grupo y cuya eleccion se hará por la Junta directiva de la Exposicion, unida á los representantes de la prensa que acudieren á la Coruña (pues los de la de este punto ya forman parte de dicha Junta directiva) y á un número de expositores, domiciliados ó residentes accidentalmente en ella ó representantes de los expositores ausentes, sacados á la suerte y cuyo número será igual á una mitad más del que reunieren la referida Junta y prensa. El Jurado se nombrará el dia 26 de Junio á las doce del dia en el local de la Exposicion, y los expositores ó sus representantes que deseen entrar en suerte para formar parte del cuerpo nominador de jurados remitirán con anticipacion, á la Secretaría de la Junta, las señas de su habitacion, veri cándolo asimismo los representantes de la prensa de fuera de la Coruña, que quedan mencionados. El representante de dos ó mas expositores no tendrá sino un voto en el cuerpo nominador.

(Se continua á).

MISCELÁNEA.

DIALOGO ACADÉMICO DE ACTUALIDAD.

—Diga V, niño, además de los barbarismos y solecismos conoce V algun otro vicio grave contra las leyes de un idioma?

—Mi papá que es suscriptor al *Faro de Vigo*, dice que sobre los barbarismos y solecismos están los *Farismos*.

Nota.—Esta anécdota es histórica, aunque parece inverosímil.

Porque si bien es cierto que es de todo punto increíble que *El Faro* tenga suscritores, podemos asegurar que cuenta con algunos. Solo que van falleciendo á medida que se nutren de los artículos de R. y E.

* *

El Faro de Vigo, ya que por culpa de nuestros gobernantes que no se han cuidado de establecer la enseñanza primaria obligatoria y gratuita, carece de los mas elementales conocimientos en Lógica, en gramática et quibusdam aliis, si el vetusto y achacoso *Faro*, repetimos, poseen siquiera la virtud menos compleja y de mas fácil ejercicio para los caracteres honrados, no desataría contra nosotros el fangoso raudal de sus invectivas, que tanta fama le hubieran granjeado entre los *chisperos* de Maravillas, si estos pudieran saborear las elucubraciones del condecorado periódico vigués.

Porque ingratitud é ingratitud enorme es en *El Faro* no amarnos con exceso por haber sido los mas constantes é infatigables heraldos de sus merecimientos literarios, llevando nuestra abnegacion hasta el extremo de perder lastimosamente una ó dos planas de nuestra edicion, como confiesa *El Faro* con heróico cinismo, en copiar las frases de mayor efecto para la buena digestion de sus cajista y de sus lectores, que como son menos que aquellos son los mas dignos de lastima, pues les toca mayor racion de *Farismos* á cada uno.

Todo lo que apuntado dejamos, con ser grave, nolo es para nosotros tanto como la declaracion que hace *El Faro* en su último número (¡no permita Dios que sea el último!) de que continuará ofendiendo al idioma y á la razon, á pesar de cuantas misceláneas pudieran salir al encuentro. Es decir, que *El Faro* seguirá trotando por la senda de abominacion por él emprendida desde hace 26 años y pico, sin que logre detenerle en su carrera el saludable freno de nuestras amonestaciones!

¡Ay! Lo peor no es que *El Faro* lo diga, sino que lo pruebe.

Y en ese mismo párrafo que nos consagra habla de tareas encomendadas á invertir los ócios, siendo así que *El Faro* mismo, como ser *El Faro* será capaz de pervertir el gusto y los ócios de estas cosas, porque se lo veda la *Academia Española*, cuyos treinta y seis miembros se desmayarian como un solo hombre al simple aspecto de un número auténtico de *El Faro*.

La verdad es que le sobra razon al *Faro* para reirse del tiempo que malgastamos en la improba carrera de corregirle. Mientras el brazo secular del sentido comun no tenga músculos suficientes para poder demostrar palpablemente su existencia, concluyendo con *El Faro* y su literatura de un modo exabrupto aunque plausible, no podremos los amantes del buen nombre gallego, evitar el sonrojo que nos producirá el dia menos pensado la noticia de que fuera de nuestra patria se ha leído por alguno *El Faro de Vigo* que parece periódico gallego aunque no tenga de ambas cosas mas que la apariencia.

SECCION DE NOTICIAS.

El Sr. Artime, jefe de la seccion administrativa de esta provincia, ha sido trasladado á la de la Coruña con menor categoria.

Un confitero de esta ciudad presentó al señor Alcalde, una solicitud en la cual se quejaba de que una tienda ambulante que tiene costumbre de situarse delante del establecimiento le privaba por completo de la luz.

En la sesion celebrada ayer, se dió cuenta de la solicitud, y parecia natural que una cuestion tan sencilla, fuese de fácil arreglo; pero no sucedió así, porque el Sr. Alcalde se obstinó en denegar la reclamacion del confitero, fundándose en que así lo apreciaba su criterio: la discusion fué acalorándose, como si se tratara de una cuestion internacional; por último se acordó que la votacion decidiese las diferencias de opiniones y verificada ésta resultó que la mayoria de Sres. Concejales opinaban lo contrario del Sr. Alcalde.

Se dice que por este motivo presentará dicho señor la dimision de su cargo, determinacion que á la verdad sentimos, sobre todo por haber sido ocasionada por asunto de tanta insignificancia.